

RYSZARD KAPUŚCIŃSKI

El Emperador



● crónicas ●

Un libro fascinante en torno a un personaje de excepción: el emperador Haile Selassie de Etiopía, el Rey de Reyes, el León de Judá, el Elegido de Dios, el Muy Altísimo Señor, Su Más Sublime Majestad, descendiente directo de Salomón, que gobernó su país como monarca absoluto durante casi cincuenta años, hasta que en 1974 fue derrocado por un Consejo Revolucionario. Ryszard Kapuściński viajó a Etiopía, se sumergió en un país azotado por una confusa guerra civil y, cautelosamente, superando desconfianzas y temores, logró entrevistar a los antiguos dignatarios de la corte imperial, así como a los servidores personales del Emperador, en su día dedicados a los más variopintos e insólitos menesteres. Los relatos orales que forman este libro son ora sobrecogedores, ora tragicómicos, en ocasiones increíbles y siempre extraordinariamente apasionantes, componiendo el rompecabezas de una Etiopía más próxima a una espeluznante pesadilla que al sueño de las Mil y una noches en el que Selassie creía vivir. El Emperador, señor feudal dueño de vidas y haciendas, de conciencias y sentimientos, se nos presenta como un misterio que cada cual resolverá: ¿un payaso esperpéntico?, ¿un rey paternal, bondadoso y amante de su pueblo, en ocasiones severo pero siempre justo?, ¿un demente voluntariamente ignorante del mundo que le rodea, del hambre y la corrupción, y necesitado de la más ciega lealtad?

Se ha dicho que este libro puede leerse simultáneamente como una crónica de la realidad en Etiopía, una alegoría de la situación en Polonia, una parábola sobre la autocracia y, *last but not least*, como literatura del más alto rango: sutil, elegante, irónica, absorbente.

Índice de contenido

Cubierta

El Emperador

El trono

Ya llega, ya llega

El desmoronamiento

Sobre el autor

El trono

Olvidame todo se ha apagado

(de un tango gitano)

¡Ay, Negus Negesti!

Salva a Abisinia Pues está en peligro

Su frontera sur.

Y al norte de Makale

Lo pasan muy mal.

Negus, Negus Dame las balas, dame la pólvora.

(de una canción que se cantaba en Varsovia antes de la guerra)

Si observamos el comportamiento de las gallinas en un gallinero, no tardaremos en darnos cuenta de que las gallinas de rango inferior son picoteadas y obligadas a ceder el sitio a las de rango superior. En condiciones óptimas se da una estructura de rangos de columna única encabezada por la supergallina, que cose a picotazos a las demás; luego vienen las que ocupan lugares intermedios en la jerarquía, las cuales, a su vez, picotean a las de rango inferior sin, por eso, dejar de respetar a las de arriba. Finalmente está la gallina-cenicienta, que debe ceder ante todas.

(ADOLF REMANE: Formas típicas de comportamiento en los vertebrados)

El hombre se acostumbra a todo, siempre y cuando alcance el apropiado grado de sumisión.

(C. G. JUNG)

El DELPHINUS, cuando quiere dormir, flota en la superficie del agua; una vez dormido, empieza a caer

suavemente hasta el fondo del mar, donde se despierta al sentir el golpe de su propio cuerpo contra las rocas; cuando esto se produce, vuelve a subir hasta la superficie del agua; una vez allí, vuelve a dormirse para emprender de nuevo su descenso hasta el fondo, donde volverá a despertar, y así, flotando de arriba abajo y de abajo arriba, descansa en continuo movimiento.

(BENEDYKT CHMIELOWSKI: *La nueva Atenas o la Academia Scientiae plena*)

Cada noche me dedicaba a escuchar a los que habían conocido la corte del Emperador. En un tiempo habían sido hombres de palacio o al menos disfrutaban del derecho a acceder a él libremente. No han quedado muchos. Parte de ellos fueron fusilados. Otros huyeron al extranjero o permanecen encarcelados en las mazmorras de ese mismo palacio: arrojados de los salones a los sótanos. Entre mis interlocutores también había algunos de los que se esconden en las montañas o viven, disfrazados de monjes, en monasterios. Todos intentan sobrevivir; cada uno a su manera, según los medios a su alcance. Tan solo un puñado de esa gente se ha quedado en Addis Abeba, donde —paradójicamente— resulta más fácil que en ninguna otra parte burlar la vigilancia de las autoridades.

Los visitaba al caer la noche y para ello tenía que cambiar de coche y de disfraz varias veces. Los etíopes, que son muy desconfiados, no querían creer en la sinceridad de mis intenciones: tratar de encontrar el mundo barrido por las ametralladoras de la IV División.

Estas ametralladoras están montadas en el asiento contiguo al del conductor, en jeeps de fabricación norteamericana. Son manejadas por tiradores cuya profesión consiste en matar. En la parte trasera del vehículo se sienta un soldado que recibe órdenes a través de una radioemisora móvil. Como el jeep está descubierto, el conductor, el tirador y el radiotelegrafista, para protegerse del polvo, llevan gafas negras de motorista, que el ala del casco oculta en parte. Así que no se les ve los ojos, y sus rostros de ébano, cubiertos por una barba de días, carecen de expresión alguna. Estos tríos están tan acostumbrados a la muerte que los

chóferes conducen los jeeps de manera suicida; toman las curvas más cerradas a la máxima velocidad, circulan contra sentido y un vacío se abre a ambos lados a la mera aparición de semejantes cohetes. Más vale apartarse de su campo de tiro. De la emisora que lleva sobre sus rodillas el soldado que ocupa el asiento trasero salen, entre crujidos y chasquidos, voces y gritos nerviosos. Se ignora si alguno de estos roncós balbuceos es una orden de abrir fuego. Más vale desaparecer. Más vale meterse por cualquier calleja lateral y esperar a que pasen.

Ahora yo me adentraba por unos callejones estrechos, sinuosos y llenos de barro que debían conducirme hasta unas casas que daban la impresión de estar abandonadas; parecía que nadie viviera en su interior. Tenía miedo: aquellas casas estaban vigiladas, y en cualquier momento podían atraparme junto con sus moradores. El peligro era, y sigue^siendo, real pues a menudo son «peinadas» zonas de la ciudad, a veces incluso barrios enteros, en busca de armas, octavillas subversivas y hombres del antiguo régimen. Ahora todas las casas se espían mutuamente, se fisgan, se olfatean. Es una guerra civil con todas sus apariencias. Me siento junto a la ventana y en seguida oigo: cambie de lugar, se le ve desde la calle, resulta fácil apuntar hacia usted. Un coche pasa, se detiene, se oyen tiros. ¿Quién habrá sido?, ¿ellos o los otros? Pero hoy ¿quiénes son ellos y quiénes son los no ellos?, ¿los otros?, ¿los que están en contra de aquéllos porque están con éstos? El coche se aleja. Ladran perros. En Addis Abeba los perros ladran durante toda la noche; es una ciudad habitada por perros, los de raza y los que se han vuelto salvajes, desgreñados y comidos por los gusanos y la malaria.

Me repiten innecesariamente que tenga cuidado: nada de direcciones, nada de nombres, ni siquiera la descripción de una cara, si alto, si bajo, si flaco, si la frente, que sus manos, que su mirada, que sus pies, las rodillas, ya no hay ante quién... de rodillas.

F.:

Era un perrito muy pequeño, de raza japonesa. Se llamaba Lulú. Disfrutaba del privilegio de dormir en el lecho imperial. A veces en el curso de alguna ceremonia saltaba de las rodillas del Emperador y se hacía pipí en los zapatos de los dignatarios. A éstos les estaba prohibido mostrar, con una mueca o un gesto, molestia alguna cuando notaban humedecidos los pies. Mis funciones consistían en ir de un dignatario a otro limpiándoles los orines de los zapatos. Para ello utilizaba un trapito de raso. Desempeñé este trabajo durante diez años.

L. C.:

El Emperador dormía en una cama de nogal claro, muy ancha. Era tan menudo y frágil que apenas si se le veía entre las sábanas. Con la vejez se volvió más pequeño; pesaba cincuenta kilos. Comía cada vez menos y nunca tomaba alcohol. Las rodillas se le habían vuelto rígidas, y cuando estaba solo arrastraba los pies y se tambaleaba de un lado a otro como si caminase sobre zancos; pero cuando se sabía observado obligaba con máximo esfuerzo a sus músculos a mostrarse lo bastante elásticos como para que sus movimientos resultaran dignos y la imperial silueta se mantuviera en una posición lo más vertical posible. Cada paso suponía una lucha entre el arrastrar de pies y la dignidad, entre el tambaleo y la verticalidad. Nunca se olvidaba el Ilustre Señor de este su defecto de anciano que con tanto empeño ocultaba para no debilitar el prestigio y la posición de Rey de Reyes. Sin embargo, nosotros, los sirvientes del dormitorio, que sí podíamos observarlo, sabíamos cuánto esfuerzo le costaba conseguir aquella apariencia. Tenía la costumbre de dormir poco y levantarse temprano, cuando fuera de palacio todavía era de noche. En realidad conside-

raba el sueño como una obligación inevitable que inútilmente le robaba el tiempo que hubiese preferido destinar a gobernar y representar. El sueño era un intruso privado e íntimo que irrumpía en una vida que debía transcurrir en medio de luces y decorados. Por eso cada vez que se despertaba lo hacía malhumorado, descontento por haber dormido, irritado por el hecho mismo del dormir, y solo la rutina del resto del día le devolvía el equilibrio interior. No obstante, debo añadir que el Emperador nunca dio la más insignificante muestra de excitación, ira, rabia o descontento. Se diría que desconocía por completo semejantes estados de ánimo, que tenía nervios de acero, fríos y muertos, o que no los tenía en absoluto. Era un rasgo suyo innato que Nuestro Señor supo desarrollar y perfeccionar guiado por el principio de que en política los nervios son signo de debilidad que anima a los adversarios y hace que los súbditos se atrevan a cuchichear y reírse por lo bajo de la imperial figura. Y el Señor sabía que la risa constituía una forma peligrosa de oposición y por eso mantenía su estado psíquico bajo perfecto control. Se levantaba entre las cuatro o las cinco e incluso las tres de la madrugada cada vez que se disponía a viajar al extranjero. Más tarde, cuando la situación en el país empeoraba de un día para otro, sus viajes se hicieron más y más frecuentes. El palacio entero ya no se ocupaba de otra cosa que de preparar los nuevos desplazamientos del Emperador. Este, al despertarse, lo primero que hacía era pulsar el timbre de su mesilla de noche: toda la servidumbre de guardia se mantenía a la espera de aquel sonsonete. Las luces de palacio se encendían. Era la señal para el Imperio indicando que Su Suprema Majestad había empezado un nuevo día.

Y. M.:

El Emperador daba comienzo a la jornada escuchando denuncias. La noche es tiempo peligroso de conjuras y Hai-

le Selassie sabía que lo que ocurriese de noche era mucho más importante que lo que ocurriese de día; de día podía observar, tenía a todo el mundo bajo control; por la noche tal tarea resultaba imposible. Por tal motivo consideraba de suma importancia las denuncias matutinas. Llegado a este punto quisiera aclarar una cosa: Su Venerable Majestad no tenía costumbre de leer. No existía para él la palabra escrita o impresa; había que informarle de todo oralmente. Nuestro Señor no había ido a la escuela; su único maestro —y, además, tan solo en la infancia— había sido un jesuita francés, amigo del poeta Arthur Rimbaud, monseñor Jérôme, quien más tarde sería obispo de Harar. Este religioso no había tenido tiempo suficiente para inculcarle al Emperador el hábito de la lectura, tarea tanto más difícil cuanto que Haile Selassie ya desde la más temprana edad había ocupado cargos directivos de responsabilidad y no había tenido tiempo para dedicar a lecturas sistemáticas. Sin embargo, me parece que en este caso no se trataba únicamente de falta de tiempo y de costumbre. El informarse oralmente tenía una enorme ventaja: si era necesario, el Emperador podía declarar que tal o cual dignatario le había informado de algo muy distinto a lo que realmente había sucedido y aquél no podía defenderse al no disponer de ninguna prueba por escrito. De esta manera, el Emperador recogía de sus súbditos no aquello que ellos le dijeran sino aquello que, según su parecer, debía haberle sido comunicado. El Venerable Señor tenía sus propias ideas y a ellas ajustaba todas las señales que le llegaban del entorno. Lo mismo ocurría con la escritura, pues nuestro monarca no solo no hacía uso de la habilidad de leer sino que tampoco escribía nada ni firmaba nunca de su puño y letra. A pesar de que venía gobernando desde hacía medio siglo, ni siquiera sus más allegados sabían qué aspecto tenía su firma. Mientras trabajaba, el Emperador siempre tenía a su lado al ministro de la Pluma, el cual apuntaba todas sus órdenes y disposiciones. Aquí debo aclarar que durante las audiencias de

trabajo el Insigne Señor hablaba en voz muy baja moviendo apenas los labios. El ministro de la Pluma, que permanecía de pie a la distancia de medio paso del trono, se veía obligado a acercarse lo más posible a la imperial boca para poder oír y apuntar las decisiones que emanaban de ella. Por añadidura, las palabras del Emperador eran por regla general ambiguas y poco claras, sobre todo en casos en los que no quería pronunciarse en un sentido determinado y al mismo tiempo la situación requería que diera su opinión. La habilidad del Monarca en estos casos era admirable. Preguntado por algún dignatario por la imperial decisión, no le contestaba directamente sino que se ponía a hablar en voz tan baja que ésta tan solo llegaba al oído del ministro de la Pluma, pegado a los labios imperiales como un micrófono. Iba este funcionario apuntando los escasos e incomprensibles gruñidos del Soberano. El resto no era más que cuestión de interpretación y ésta correspondía al ministro, quien daba forma escrita a la decisión y la trasladaba a los escalafones inferiores. El que estaba a cargo del Ministerio de la Pluma era la persona de más confianza del Emperador y tenía un poder enorme. Podía convertir las nebulosas cábalas verbales del Monarca en cualquier disposición. Si la decisión tomada por el Emperador deslumbraba a todo el mundo por acertada y sabia, era una prueba más de la infalibilidad del Elegido de Dios. En cambio, si un murmullo de descontento se dejaba oír en el aire y de diversos rincones llegaba a los oídos del Monarca, el Honorable Señor podía achacarlo todo a la estupidez del ministro. Este último era la personalidad más odiada de la corte, pues la opinión pública, convencida de la sabiduría y bondad del Digno Señor, culpaba precisamente al ministro de tomar decisiones malignas y estúpidas, las cuales eran incontables. Aunque también es cierto que la servidumbre se preguntaba sotto voce por qué Haile Selassie no cambiaba de ministro, pero en palacio las preguntas se podían hacer solo de arriba abajo, nunca al revés. Precisamente en el momento en que

por primera vez sonó una pregunta planteada en dirección opuesta a la acostumbrada sonó también la señal de la revolución. Pero estoy adelantando acontecimientos, mientras que lo que debo hacer ahora es volver a aquel momento inicial de cualquier mañana en que el Emperador aparece en la escalinata de palacio y empieza su paseo matinal. Entra en el parque. Este, justamente, es el momento en que se le acerca el jefe del servicio áulico de espionaje, Solomon Kedir, y le informa de las denuncias habidas. El Emperador camina por el paseo del parque seguido a un paso de distancia por Kedir, quien no para de hablar. Quién se encontró con quién, dónde, sobre qué hablaron, contra quién se han conchabado. Puede o no considerarse eso un complot. Kedir también informa del trabajo de la oficina militar de claves. Esta oficina, que pertenece a los servicios que dirige Kedir, es la encargada de descifrar las conversaciones en clave que mantienen entre sí las distintas divisiones; no está de más saber si no germina por allí alguna que otra idea subversiva. El Honorabilísimo Señor no pregunta nada, nada comenta; camina y escucha. En algún momento tal vez se detenga ante una jaula de leones para tirarles la pata de una ternera que previamente le ha sido entregada por los criados. Entonces contempla la voracidad de las fieras y sonríe. Luego se acercará a los leopardos, atados con cadenas y les dará costillas de buey. En este lugar el Señor debe ir con sumo cuidado, pues se acerca mucho a los depredadores, que pueden hacer cosas imprevisibles. Al final emprende de nuevo su paseo con la inseparable sombra de la persona de Kedir, quien sigue dándole cuenta de sus informes. En un momento determinado el Señor hace un gesto con la cabeza que es una señal para Kedir, ordenándole alejarse. Este inclina su cuerpo en una reverencia y desaparece por un sendero cuidándose muy mucho de no volverle la espalda al Monarca mientras se retira. En aquel preciso instante sale de detrás de un árbol el ministro de Industria y Comercio, Malsonen Habte-Wald,

quien ha estado esperando su turno. Se acerca al Emperador, que continúa su paseo, y, siguiéndolo a un paso de distancia, le presenta sus denuncias. Consumido por una pasión desenfrenada por urdir intrigas y también porque quiere ganarse el favor del Honorable Señor, Habte-Wald mantiene una red privada de confidentes. Ahora, basándose en los informes recibidos, le relata al Emperador los acontecimientos de la última noche. Nuestro Señor adopta la aptitud de antes: no pregunta nada ni nada comenta; se limita a caminar con las manos cruzadas en la espalda y a escuchar. Algunas veces se acerca a una bandada de flamencos pero entonces estos pájaros tan asustadizos huyen de él corriendo, y el Emperador sonrío mientras contempla a unos seres que le niegan obediencia. Sin dejar de andar inclina la cabeza. Habte-Wald calla y, retrocediendo con la cara dirigida hacia el Monarca, desaparece por un sendero. Y ahora surge de repente, como si saliera de debajo de la tierra, la silueta cargada de espaldas de Asha Wolde-Mikael, fiel espía del Emperador. Este dignatario controla la policía política del gobierno, la cual compite con los servicios secretos de palacio de Solomon Kedir y lucha con encarnizada rivalidad con redes privadas de confidentes como la que tiene Makonen Habte-Wald. El trabajo al que se dedica esta gente es duro y peligroso. Viven en permanente estado de miedo pues temen dejar de denunciar algo en un momento dado, lo cual les haría caer en desgracia, o que la competencia reúna denuncias mejores y que entonces el Emperador piense: ¿por qué Solomon me ha ofrecido hoy un banquete y Makonen tan solo me ha traído unas migajas? ¿No me lo ha dicho porque no lo sabe o calla porque él mismo forma parte de la conjura? ¿Acaso habían sido pocas las ocasiones en las que el Gran Señor no experimentara en su propia carne la traición de los más allegados y de más confianza? Por eso el Emperador castigaba por el silencio. Sin embargo, caudales desordenados de palabras también aburrían e irritaban los oídos imperiales de modo

que los excesos de una garrulería agitada tampoco constituían una buena salida. El aspecto mismo de aquellas personas mostraba a las claras bajo qué sensación de permanente amenaza vivían. Faltas de sueño, cansadas, actuaban en un febril estado de tensión continua, buscando víctimas en medio del fuerte olor a odio y terror que las rodeaba por todas partes. Como único escudo tenían al Emperador y éste podía acabar con ellas en cualquier momento. Bastaba un simple ademán de su mano. Ciertamente, el Bondadoso Señor no les hacía la vida fácil. Queda dicho que durante su paseo matinal, mientras escuchaba las denuncias referentes al estado de los complots en el Imperio, Haile Selassie nunca hacía preguntas ni tampoco comentaba las informaciones que iba recibiendo. Debo añadir que sabía lo que se hacía. El Señor quería obtener la denuncia en estado puro, es decir, obtener una denuncia auténtica. Si preguntase o expresase su parecer, el informador se apresuraría, solícito, a cambiar los hechos para ajustarlos a la idea del Emperador, de forma y manera que toda la máquina de denunciar se habría convertido en algo tan subjetivo e impreciso que el Monarca no podría enterarse de qué ocurría realmente en el país y en palacio. Al término del paseo el Emperador escucha los informes de la pasada noche proporcionados por los hombres de Asha. Da de comer a los perros y a una pantera negra y luego admira al oso hormiguero que le regalara recientemente el presidente de Uganda. Inclina la cabeza y Asha se aleja encogido, inseguro de si ha dicho más o menos de lo que han informado hoy sus enemigos mortales: Solomon, enemigo de Makonen y Asha, y Makonen, enemigo de Asha y Solomon. Haile Selassie acaba su paseo solo. Poco a poco la claridad va inundando el parque, la niebla se disipa, destellos de sol se encienden entre la hierba. El Emperador piensa intensamente: es la hora de trazar la táctica y la estrategia, de solucionar los rompecabezas personales y de preparar la siguiente jugada en el tablero del ajedrez del poder. Refle-